LA IMPORTANCIA DE ABRAHAM EN EL NUEVO TESTAMENTO

por
Daniel Edgardo García Mansilla



TRABAJO DE INVESTIGACION

En cumplimiento parcial de los requisitos
para el Bachillerato en Teología

Seminario Bíblico Latinoamericano
San José, Costa Rica

12 de Diciembre de 1967



A mi novia,
Yolanda,
por su inspiración
y estímulo.

CONTENIDO

INTRODUCCION

Mucho se habla de Abraham en los círculos cristianos, pero hay muy poco que se haya escrito acerca del tema, tomando en consideración todo, o la mayor parte, del material que acerca de Abraham contiene el NT. La mayoría de los teólogos hablan acerca de Abraham en los apartados referentes a la eclesiología y a la soteriología, particularmente en el capítulo dedicado a la justificación por fe. Esos dos apartados tienen su lugar en la teología del NT ya que la Iglesia y la salvación por fe llegan a su esclarecimiento con la venida del Señor Jesús.

Se habla de Abraham al considerar la Iglesia porque ésta tiene sus raíces o su base en el pueblo escogido por Dios. Ese pueblo arranca de Abraham, a quien le fue prometida una descendencia numerosa de la cual Dios sería su Dios (Gn. 17:8). También se habla de Abraham al considerar la justificación por fe porque él fue el primer humano que fue justificado porque creyó en lo que Dios había dicho (Gn. 15:6).

No es que se haya negado la importancia de Abraham, pero sí se le ha restado, voluntaria o involuntariamente, algo de su valor. El solo hecho de que sea difícil encontrar algo escrito dedicado exclusiva y sistemáticamente al tema es índice de lo poco que se ha tomado en cuenta. Nos proponemos en este trabajo, si no dar un estudio completo, sí reunir y ordenar de acuerdo a un sistema todo el material posible acerca del tema, en un intento de dar una llamada de atención para que se vuelva otra vez la vista al valor de lo que Abraham tiene para enseñarnos dentro del pensamiento cristiano de nuestro tiempo.

Nos hemos limitado a aquellas porciones del NT que se refieren directamente a Abraham. Para ello requerimos que en el texto o en el contexto aparezca su nombre. El material referente a Abraham no se reduce a sólo eso en el NT, pero hemos tenido que limitarnos dada la extensión del trabajo.

Estos apuntes representan un paso en el afán de redescubrir el valor de Abraham. Hemos planteado algunos problemas conectados con ese tema sin pretender resolverlos todos. Es por eso que no eliminamos algunas contradicciones que generalmente surgen de la diferencia entre estudiar la Biblia desde el punto de vista puramente humano y estudiarla tratando de encontrar el punto de vista divino. No eliminamos esas contradicciones porque deseamos estimular la meditación e investigación del tema a que nos referimos. Por la misma causa aparecerán ciertas repeticiones que permiten ver el asunto tratado a la luz de diversos problemas.

Procederemos describiendo lo concerniente a Abraham consignado en Génesis 12-22. Luego describiremos lo que hay en el NT acerca del mismo tema, apuntando, en lo posible, las diferencias y el desarrollo entre los dos testamentos; pero más que nada, destacaremos el importante papel de Abraham en el NT.

CAPITULO I

ABRAHAM

En el principio del pueblo hebreo encontramos la descollante figura de este personaje que se alza delante de nosotros como el ejemplo vivo de lo que Dios puede hacer con el hombre cuando éste responde correctamente a las acciones de Aquel. Abraham fue llamado a salir de su ciudad apartándose de sus conciudadanos, hecho con el cual se marcaba el inicio de la separación que para sí hacía Dios de un pueblo escogido.[1] Salió de Ur de los caldeos llevando a su padre y llegaron a Harán (Gn. 11:31).[2] Allí murió Taré, padre de Abraham. Entonces éste con su esposa y su sobrino Lot, continuaron hacia la tierra de Canaán (Gn. 12:5), siendo éste el segundo paso de la separación del pueblo de Dios. Cuando llegaron a la tierra de Canaán, Jehová repitió a Abraham las promesas que le había hecho cuando lo llamó en Ur y agregó otras promesas específicas. Estas promesas fueron creídas por Abraham. Después de un tiempo Abraham y Lot decidieron separarse consumando la elección del pueblo que Dios se había apartado para sí.

Dos son las cosas que queremos destacar en la vida de este ilustre personaje. En primer lugar, es digna de notarse la promesa que Dios le hizo, la cual se desarrolla a medida que Dios puede ir revelándole a Abraham la grandeza de la misma. En segundo lugar, resalta la respuesta de Abraham a Dios al encontrarse frente a esa gran promesa, y los resultados de esa respuesta en la vida y significado de Abraham. Es

---

[1] B. Orchard _et. al._, _Verbum Dei_ (= _Verbum Dei_), tomo I, p. 474.

[2] Todas las referencias bíblicas del AT son de la RVR.

difícil separar una de otra, pero para el mejor entendimiento trataremos de hacerlo, aunque a veces parezca que se disuelve una en la otra.

Promesa a Abraham

Cuatro son los aspectos de la promesa de Dios a Abraham. En primer lugar, mencionaremos la descendencia prometida a Abraham. Cuando Dios lo llamó le dijo: "Haré de ti una nación grande" (Gn. 12:2). Poco tiempo después esa promesa es corroborada cuando Dios afirma que la descendencia de Abraham será incontable como el polvo de la tierra (Gn. 13:16) y como las estrellas de los cielos (Gn. 15:5). Dios enfatiza la idea y dice: "te multiplicaré en gran manera" (Gn. 17:2). Esta es la causa de que Dios prometa a Abraham que él será "padre de muchedumbre de gentes" (Gn. 17:4) y de que le cambie el nombre de "Abram" (padre enaltecido) a "Abraham" (padre de una multitud). No sólo será, sino que Dios lo ha puesto desde ya como padre de muchedumbre de gentes (Gn. 17:5). Dios prometió que multiplicaría a Abraham en gran manera y estableció que haría de él varias naciones y que reyes saldrían de él (Gn. 17:6). Todo eso se ve cumplido cuando sabemos que históricamente Abraham fue padre directo de la israelitas por Isaac, de los ismaelitas por Ismael y de los edomitas por su nieto Esaú.[1] Además es llamado padre de todos los creyentes (Ro. 4:11).[2] Es evidente, pues, que la promesa en cuanto a la descendencia no se refiere sólo a Israel ni según la carne ni según la fe.[3]

El segundo aspecto se encuentra en el primero como un efecto y co-

---

[1] Verbum Dei, tomo I, p. 479.

[2] Las referencias bíblicas del NT son de la VH.

[3] H. B. Pratt, El Génesis, p. 171.

mo una causa. Si la descendencia es numerosa, la bendición personal prometida a Abraham es evidente (Gn. 12:2). Pero no sólo será bendecido personalmente, sino que será bendición a todas las familias de la tierra (Gn. 12:3), esto como efecto de la bendición. Como causa Dios prometió que en la simiente de Abraham todas las familias de la tierra serán bendecidas (Gn. 22:18).

El tercer aspecto de la promesa se refiere a una tierra en que habitaría Abraham y su descendencia. Al principio Dios le habla a Abraham de una tierra que le mostraría (Gn. 12:1) la cual se la daría a los descendientes de Abraham (Gn. 12:7). Cuando Abraham llegó a Canaán, después de que se separó de Lot, Dios le ofreció a Abraham toda la tierra que veía desde aquel lugar alto en donde estaba (Gn. 13:15) y lo invita a andar por esa tierra que le sería dada (13:17). Poco tiempo después Dios le hace saber a Abraham que no daría la tierra sino hasta la cuarta generación (15:16), no obstante, en esa misma ocasión fija los límites de la tierra prometida (15:18-21). Hemos de notar una cosa más con relación a la tierra, y es que ésta sería dada a Abraham y a su descendencia para siempre (Gn. 13:15), por heredad perpetua (17:18).[1]

El cuarto aspecto de la promesa, que puede considerarse como el resumen de todo lo anterior, es el propósito de Dios al hacer su promesa. Dios se propone ser el Dios de Abraham y de su descendencia. Al mismo tiempo desea que ellos sean su pueblo exclusivo. Con esto quería decir que los tomaría bajo su protección para siempre (17:7).[2] Este hecho confirma que Dios no permitiría que su descendencia, la de Abra-

---

3 [1] H. B. Pratt, Op. Cit., p. 188.

4 [2] Verbum Dei, tomo I, p. 479.

ham, fuese esclava, sino que, libertándolos, los traería a la tierra prometida (15:13,16) y les daría por posesión las puertas de sus enemigos (22:17).

Esta gran promesa fue confirmada por Dios quien condescendiendo con Abraham usa una manera antigua de hacer un pacto: pasar entre los animales seccionados (15:9-17).[1] Pero no sólo la confirmó de esa manera, sino que también exigió que los de Israel llevaran en su carne la señal del pacto efectuada (17:11). Esto significaba que los descendientes de Abraham debían guardar el camino de Jehová haciendo justicia y juicio para que todo lo prometido pudiera cumplirse (18:19). Además de todo esto, Dios todavía juró por su propio nombre que haría efectivas sus promesas (22:16s.).

Dios consigna también quienes son los favorecidos con las promesas. En primer lugar, el propio Abraham es favorecido con las promesas, no sólo con las de cumplimiento en futuro lejano, sino con las que se cumplirían a corto plazo. De esta manera, además de prometerle todo lo que hemos examinado, Dios le prometió un hijo legítimo, de él y su esposa (17:19), y cumplió lo prometido (21:1-7). En segundo lugar, la descendencia de Abraham fue favorecida con la promesa. Constantemente se le menciona como la que poseería la tierra (12:7), como la que sería numerosa (22:17) y como la que tendría al Dios prometedor como su Dios (17:7). En tercer lugar, se mencionan como favorecidos con la bendición prometida todas las familias de la tierra (12:3). Esta es la promesa, la confirmación y la asignación de la promesa dada a Abraham.

---

[1] Verbum Dei, tomo I, p. 478.

Fe de Abraham

Hay una sola referencia explícita en el relato bíblico que menciona la fe de Abraham. Después de que Abraham presentó su queja delante de Jehová acerca de que no tenía hijo, éste lo sacó de la tienda, le mostró las estrellas del cielo y le dijo que así de innumerable sería su descendencia. Entonces dice la Escritura que Abraham creyó a Jehová (Gn. 15:6). Sin embargo, en casi toda la vida de Abraham se puede ver que actuó creyendo, confiando, teniendo fe en Dios.

Después de la promesa y del llamamiento de Abraham, éste salió de su tierra creyendo en las promesas de Dios (12:1-5). Cuando Abraham se separó de Lot y Dios le ofreció toda la tierra invitándoles a caminar por ella, Abraham se levantó, caminó por la tierra y edificó un altar para adorar a Jehová (13:14-18). Después que Dios ordenó a Abraham que guardara en su carne la señal del pacto, y después de prometerle un hijo a Sara, Abraham creyó a Dios y sin tardanza obedeció la orden de Jehová (17:22,23). Pero el suceso que más destaca la fe de Abraham es el que haya estado dispuesto a ofrecer a su hijo en sacrificio a Jehová. Dios había prometido ese anhelado hijo y había cumplido su promesa. Sin embargo, pasado algún tiempo, Dios le pidió a Abraham que lo sacrificara. Abraham, en un alarde de fe y, por la fe, obediencia, obedeció inmediatamente a la orden. Al dejar a los criados que les acompañaron Abraham les prometió que volverían. Es interesante que usó el plural, aún cuando sabía que sacrificaría a Isaac, les dijo: "volveremos a vosotros" (22: 5b). A la pregunta de Isaac, Abraham contestó que Dios se proveería de cordero (22:8) demostrando así que confiaba plena y profundamente en Dios.

Dos objeciones se podrían poner en contra de la fe de Abraham. La

primera es el caso de Ismael. Sin embargo, nosotros creemos que no fue incredulidad, sino deseo, por parte de Sara, de ayudar al cumplimiento de la promesa que Dios había hecho.[1] Hemos de notar que Sara fue la que rogó a Abraham que le diera hijos en Agar, su sierva (16:2). En las costumbres de Israel era una deshonra para las mujeres que no tuvieran hijos. Abraham atendió el ruego de su esposa. No fue ninguna incredulidad, sino el deseo humano de ayudar a Dios. La segunda objeción se basa en la pregunta de Abraham sobre si a un hombre de cien años y a una mujer de noventa les había de nacer un hijo (17:17). Pero no había incredulidad en sus palabras, sino mezcla de maravilla y regocijo.[2] Fue una risa de alegría y una exclamación.[3] Trece años había creído que Ismael era el cumplimiento de la promesa. Frente al anuncio de que él y Sara tendrían un hijo, más la creencia cierta que se les daría, piensa preocupado en la suerte de Ismael y ruega por su protección.[4]

Los resultados de esa fe no se hicieron esperar. Al poco tiempo, cuando Dios lo creyó conveniente, Abraham tuvo un hijo de Sara, su esposa, en cumplimiento de la promesa y de acuerdo a la confianza de Abraham. También dice la Escritura que porque Abraham creyó a Dios, su fe le fue contada por justicia (Gn. 15:6). Es decir, que se le atribuyó como cumplida toda la promesa. Además, en vista de la fe y la obediencia de Abraham, Dios no sólo promete y pacta con Abraham, sino que también jura por sí mismo que se cumplirían las promesas.

---

[1] Pratt, Op. Cit., pp. 182s.

[2] Ibid., p. 195.

[3] Verbum Dei, tomo I, p. 480.

[4] Pratt, Op. Cit., pp. 195ss.

En resumen, a Abraham se le prometió una descendencia numerosa, una bendición a él, a su descendencia y a todas las naciones de la tierra por medio de su descendencia. Se le prometió además a él y a sus descendientes una tierra en heredad perpetua en donde serían el pueblo de Dios, libres de sus enemigos. Para el cumplimiento de esta promesa Dios confirmó sus palabras exigiendo que Abraham y sus hijos también la confirmasen con su fidelidad en guardar el pacto. Abraham creyó a Dios y su fe le fue contada por justicia, como que ya se había cumplido la promesa en él.

CAPITULO II

PROMESA A ABRAHAM EN EL NUEVO TESTAMENTO

Cuando Dios habló con Abraham en Ur de los caldeos, junto con la orden de salir de su tierra y dejar su parentela, le dió una promesa (Gn. 12:1-3), la cual sería constantemente reiterada asegurando así su cumplimiento. En el NT la promesa de Abraham cobra inusitada importancia porque se le da una nueva interpretación, nueva interpretación necesaria porque en el transcurso de los años, desde el tiempo en que fue dada hasta el NT, habían sido malentendidos muchos de sus elementos.[1]

La Promesa en Sí Misma

Al igual que en el AT, el NT menciona como parte de la promesa la descendencia numerosa de Abraham. El autor de Hebreos recuerda todas las promesas referentes al número de la descendencia de Abraham y declara que Dios había prometido que la descendencia sería "como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena que está a la orilla del mar, que es innumerable" (He. 11:12).[2] También recuerda la manera en que Dios prometió esa prodigiosa multiplicación. Dice que Dios prometió diciendo: "multiplicando te multiplicaré" (He. 6:14),[3] usando un hebraísmo de énfasis para asegurar el cumplimiento de la promesa.[4]

De esa manera se cumpliría la palabra de Dios dada a Abraham en cuanto a que Dios lo había constituido a él por padre de muchas gentes

---

1 P.e., el significado de la circuncisión (Ro. 4:11).

2 Génesis 22:17.

3 RVR traduce: "te multiplicaré en gran manera" (Gn. 17:2).

4 A. Rudd, La Epístola a los Hebreos (= Hebreos), pp. 75s.

(Ro. 4:17).[1] Desarrollando esta promesa, el apóstol San Pablo indica que Abraham es padre de todos los que son de la fe (Ro. 4:16; Gá. 3:7). Por la fe de Abraham se le constituyó en padre de todos los creyentes (Ro. 4:11).

Se ve fácilmente que la descendencia numerosa prometida en el AT ha sido interpretada en el NT como la descendencia en la cual se incluyen todos los que son de la fe. Veremos esta idea un poco más ampliada en el capítulo dedicado a los hijos de Abraham.

En el NT también se habla de la bendición prometida a Abraham. Dios buscaba, al escoger para sí un pueblo, que todos los habitantes del mundo alcanzaran su bendición (Gn. 22:18). Por esta causa bendijo a Abraham dándole una posteridad numerosa (He. 11:12), bendijo a la descendencia prometiendo su gracia y su misericordia protectora sobre ellos (Lc. 1:54) y bendijo a los gentiles (naciones no judías de la tierra) por medio de la simiente de Abraham.

Este último es el punto que se desarrolla con más énfasis en el NT. El apóstol San Pedro expone que los judíos son los encargados de hacer llegar la bendición a todas las familias de la tierra. Para hacerlo, Dios, habiendo levantado a su Siervo (gr. pais),[2] le envió primeramente a los judíos para que ellos recibieran la bendición (Hch. 3:25) y entonces pudieran ser medio de bendición a todos los demás. Por el contexto anterior podemos ver claramente que ese "Siervo" se refiere a Cristo; y no sólo a los judíos, sino a todos los que están en Cristo.

San Pablo va más allá en su interpretación del AT y dice que Cris-

---

[1] Génesis 17:5.

[2] La palabra griega "pais" también se puede traducir "Hijo" (RVR).

to es la simiente (Gá. 3:16) por medio de la cual llegará la bendición de Abraham hasta los gentiles (Gá. 3:14). Poco más adelante, en el mismo argumento, declara que la promesa, que depende de la fe en Jesucristo, está para ser dada a los que creen (Gá. 3:22). Deducimos entonces, que la bendición es para todos los que creen por medio de Cristo, que es la bendita simiente de Abraham, en quien y sólo por medio de quien se llega a ser linaje de Abraham (Gá. 3:29).

Al mismo tiempo que se habla de descendencia con la bendición prometida, también se nos dice que hay una tierra prometida. Cuando Abraham salió de su patria, dejando a su familia y todo lo que allí tenía, iba en busca de una tierra en donde habitarían él y su descendencia, tierra que Dios les mostraría (Gn. 12:1). Dios lo guió hasta encontrar aquella tierra, pero no se la dio inmediatamente, sino que lo hizo vivir en ella como un extranjero, como quien vive en tierra ajena (He. 11:9). Abraham peregrinó en la tierra que le había sido prometida. El estuvo esperando la patria que se le prometió. Dios mismo le explicó que sería la cuarta generación después de él la que volvería a la tierra (Gn. 15:16). No obstante, Abraham siguió esperando la tierra prometida en heredad perpetua (Gn. 17:8). De este hecho el autor de Hebreos deduce que Abraham esperaba la ciudad que sí tiene fundamentos, que no es temporal porque su arquitecto es Dios (He. 11:10). Génesis no lo dice, pero el que escribió Hebreos cree que Dios incluyó el cielo en la promesa; de otra manera, Abraham no hubiera buscado la ciudad que buscaba. En Hebreos 11:14-16 se nos dice que Abraham buscaba una patria mejor que la que había dejado, "es a saber, una patria celestial" (11:16). Por esto, entendemos que Dios puso entre sus promesas la pro-

mesa del cielo para Abraham y su descendencia, aunque ellos no se dieron cuenta de ésto.

Como culminación de la promesa, a la vez que como propósito de la misma, Dios prometió a Abraham que El sería a él por Dios, lo mismo que para su descendencia después de él, y que ellos le serían por pueblo (Gn. 17:7). Zacarías, inspirado por el Espíritu Santo (Lc. 1:67), interpreta lo anterior diciendo que Dios prometió a Abraham que él y su descendencia gozarían de protección. En Génesis 22:17 se le promete a Abraham que su descendencia poseería la puerta de sus enemigos y Zacarías se basa en eso para decir que el pueblo escogido por Dios sería libre de la mano de sus enemigos para que ellos pudieran servir a Dios con lo mejor que de sí tuvieran y en las mejores condiciones posibles (Lc. 1:74s.). Es fácil adorar al Señor en santidad y justicia si no se tiene la presión de un enemigo. Zacarías, inspirado divinamente y viendo el nacimiento milagroso de su hijo, sabe que la promesa está por cumplirse.

Dios prometió liberación de la mano de los enemigos (Lc. 1:74) o, lo que es lo mismo, salvación (gr. sooteería) de los enemigos (1:71). Estos enemigos son las legiones a las cuales el Señor venció, Satanás y los poderes de las tinieblas, todo aquello que no permita glorificar el nombre de Dios.[1] Por eso, junto con la salvación prometida, Zacarías habla del conocimiento de esa salvación (Lc. 1:77), tomando en cuenta que Dios no había encubierto nada a Abraham de lo que él tenía que saber, según el propósito de Dios (Gn. 18:17). Ese conocimiento no era una mera percepción mental de la existencia de la salvación, sino

---

[1] Lenski, La Interpretación del Evangelio Según San Lucas (= San Lucas), p. 96.

una experiencia real de posesión.[1] De nada aprovecharía la salvación si desconocemos, e. d., si no experimentamos, lo referente a ella.

Zacarías menciona también a los enemigos al explicar que el conocimiento de la salvación se ve en la remisión de pecados (Lc. 1:77). La salvación que hay que conocer es la liberación de la mano (el poder)[2] de nuestros verdaderos enemigos: el pecado, la maldición, la condenación y todos los poderes del mal.[3] Nuestros pecados nos alejan de Dios, estorbando nuestra adoración e impidiéndonos servirle en santidad y en justicia. Hemos de hacer notar que Zacarías no está dando expresión a lo que él y su pueblo pensaban acerca de la salvación. Ellos asociaban la salvación de los enemigos con la liberación política que anhelaban, pero Zacarías está emitiendo las palabras del Espíritu Santo y no sus propios anhelos.[4]

El conocimiento de esa salvación se recalca más cuando se le compara con la visita de la luz de lo alto para alumbrar "a los asentados en tinieblas y sombra de muerte" (Lc. 1:78). Es una magnifica figura de lo que acontece cuando se conoce la salvación de Dios. De la misma manera que el sol saliente de la aurora disipa las tinieblas de la noche, así la luz enviada de lo alto, en cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, disipa las tinieblas y la sombra de muerte de aquellos que conocen la salvación de Dios. Además, aquella luz de lo alto es una guía que dirige por los caminos de la paz verdadera (Lc. 1:79).

---

[1] Lenski, San Lucas, p. 100.

[2] Ibid., p. 96.

[3] Ibid., p. 98.

[4] Ibid., p. 96.

Haciendo un breve resumen de lo que hemos visto acerca de la promesa, notamos que la descendencia numerosa del AT no sólo se refiere a la descendencia carnal, sino que en el NT se incluye en ella a los que son de la fe. Ampliaremos este tema un poco más adelante.[1] También notamos que la bendición prometida a todas las familias de la tierra por medio de la descendencia de Abraham se realiza en el NT por medio de Cristo, quien es la simiente de Abraham. Al mismo tiempo nos damos cuenta que la tierra prometida a Abraham en el AT es identificada como el cielo en el NT. Además, del hecho de ser Dios el Dios de Abraham y su descendencia, y por haber prometido que daría a la descendencia de Abraham las puertas de sus enemigos por posesión, el NT concluye que Dios prometió una salvación de todos nuestros verdaderos enemigos: el pecado, la maldición, la condenación y todo aquello que nos aleja de Dios.

Fuente, Confirmación y Cumplimiento de la Promesa

Cuando la virgen María, la que sería madre del Señor Jesús, entona su canto de alabanza a Dios por haberla escogido para ser la madre del Salvador, habla de que Dios amparó a su pueblo "acordándose de su misericordia con Abraham y su simiente para siempre" (Lc. 1:54s.). En el cántico de Zacarías la idea se amplía un poco. Zacarías habla de que la misericordia de Dios es la fuente de la gracia y del pacto, así como es la base del cumplimiento de todo lo prometido (Lc. 1:78).[2] Zacarías muestra claramente que la conducta bondadosa de Dios es para redimirnos en su infinita misericordia. Por esa misericordia El nos concede ser

---

1 V. el capítulo dedicado a los hijos de Abraham.

2 Juan Calvino, Commentary on a Harmony of the Evangelists (= Harmony), tomo I, p. 66.

librados de todos nuestros enemigos. La misericordia de Dios fue el móvil para la hechura del pacto con Abraham, de donde se desprenden todas las promesas. Dios se complace en salvar a su pueblo porque se acuerda de lo que ha prometido, aunque a veces parezca que se ha olvidado. Siempre, al tiempo debido, Dios realiza sus promesas, extendiendo su misericordia desde lo prometido hasta lo realizado.[1]

El diácono Esteban, en su mensaje a los que le acusaban, resalta la adopción de Dios. Los judíos son hijos, no por derecho propio, no por cualquier otro motivo, sino que en virtud de una pura dádiva de Dios libre y voluntariamente prometida a Abraham. Así, pues, la misericordia es la fuente del pacto y las promesas de Dios a Abraham.(Hch. 7:1-6).

Nuestro misericordioso Dios no se contenta con la sola promesa. Por sí misma bastaría para que se pudiera creer en su cumplimiento. Pero Dios sabe que los hombres necesitamos mucha más seguridad para creer con firmeza en las promesas. "Todo pacto solemne generalmente llevaba algún sello especial de seguridad. En este caso, puesto que se trata de un pacto de mayor importancia, llevaba su sello de inviolabilidad en el juramento de Dios".[2] Dios había jurado a Abraham el cumplimiento de las promesas (Gn. 22:16s.) y Zacarías menciona el juramento con el propósito de expresar más completamente la firmeza y santidad de su verdad. Dios confirma la salvación de los hombres con su propia palabra.[3]

Dios quería asegurar por todos los medios posibles el cumplimiento de la Promesa. Lo promete y luego jura que lo cumplirá, dos cosas inmutables que sirven para asegurar la esperanza de los que creen. El au-

---

[1] Calvino, Harmany, tomo I, p. 66.

[2] Lenski, San Lucas, p. 97.

[3] Calvino, Harmony, tomo I, p. 66.

tor de Hebreos destaca el hecho de que Dios juró por sí mismo el cumplimiento de lo que prometió porque no había otro mayor que El por el cual jurar (He. 6:13s.). Según Hebreos, los hombres juran por uno mayor que ellos, así el juramento adquiere autoridad y llega a poner fin a cualquier contradicción, además de que confirma todo lo jurado (He. 6:16-18). Por esa razón, Dios quiso jurar su promesa para demostrar la inmutabilidad de su pensamiento y de sus palabras. Pero aún queda por considerar otro esfuerzo realizado por Dios para confirmar de la mejor forma su promesa. Dios le dio la promesa a Abraham, juró que la cumpliría, todo eso sobre la forma intensificada de la promesa. Dios usó el hebraísmo de énfasis al decirle a Abraham: "De cierto, bendiciendo, te bendeciré" (He. 6:14).[1] De este modo, Dios quiso que todos los que estuvieran incluidos en la promesa tuvieran seguridad del cumplimiento de la misma. Además de lo que Dios hizo para confirmar su promesa, exigió que los favorecidos con esa promesa, miembros del pacto de Dios con Abraham, llevaran en su carne la señal y el sello de la justicia de la fe (Ro. 4:11) recibida por creer en las promesas a la manera de Abraham, y en señal de su fidelidad al pacto hecho (Gn. 17:10s.).

Pero además de la promesa y de la confirmación de ella, el NT nos habla de la realización de la misericordia de Dios en el tiempo neotestamentario. Examinemos lo que nos dice al respecto.

Abraham alcanzó el cumplimiento de la promesa, aunque ese cumplimiento fuera sólo en parte, como una pequeña demostración de lo que vendría después. Hebreos dice que los patriarcas "murieron sin haber obtenido el cumplimiento de las promesas, únicamente las vieron y saludaron

---

[1] A. B. Budd, Hebreos, p. 75.

de lejos . . ." (11:13). Abraham creyó que Dios era poderoso para cumplir sus promesas, aun cuando humanamente era imposible el cumplimiento de éstas. Dios le dio la alegría de ver con sus ojos el principio de la realización de la promesa. Dios había prometido que Abraham sería padre de multitudes. Abraham era ya viejo, se le consideraba casi muerto (He. 11:12) cuando recibió a Isaac en el cual se le había prometido que le sería llamada simiente (Gn. 21:12). Siguiendo el relato bíblico sabemos que Abraham vivía aún cuando nacieron los dos hijos de Isaac, pues tendría ciento sesenta años cuando nacieron. Abraham murió quince años después habiendo visto parte del milagro y conociendo por fe el total cumplimiento de la promesa.[1] Fue por la fe y la firmeza en ella que los antepasados del pueblo de Israel fueron hechos participantes de las promesas.[2]

Cuando Zacarías menciona la promesa, lo hace porque vislumbraba el cumplimiento de la misma. Para este sacerdote de Dios el cumplimiento se hallaba en que Dios "nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo " (Lc. 1:69). Ninguno de los profetas ni de los santos de la antigüedad, ni siquiera Abraham, podía procurarse salvación a sí mismo por su propio poder o mérito. Así, tampoco alguno de los contemporáneos de Zacarías, ni alguno de las generaciones futuras podría obtener salvación por sí mismo. Todos necesitan de "un poderoso Salvador" para lograr obtener la salvación. Ese tan anunciado Salvador era aquel a quien el hijo de Zacarías iría a preparar el camino, a saber, el Señor Jesús quien viene a ser el resumen de toda la promesa de Dios a Abraham.

---

[1] Rudd, Hebreos, p. 76.

[2] Calvino, Epístola a los Hebreos, Comentario (= Hebreos), p. 130.

Pero el cumplimiento real de esta promesa se basa sobre otro principio además de los establecidos. Dios quiso cumplir su promesa acordándose de su misericordia con la cual había prometido todo. En Cristo estas promesas han sido cumplidas y todas las bendiciones prometidas han sido hechas posibles. En otras palabras, el propósito, largamente acariciado por Dios, ha llegado a su sazón y en él se encuentra la respuesta a los más profundos anhelos humanos.[1] Por parte del hombre también se espera algo. Abraham esperó con paciencia y por eso alcanzó la promesa (He. 6:15). Así, es necesario que el hombre, para quien son esas promesas, crea que Dios es poderoso para cumplirlas y espere hasta cuando El estime conveniente realizarlas. Según el evangelista, la promesa y el juramento ya están realizados en Cristo (Lc. 1:68ss.). Zacarías habla del poderoso Salvador en quien se realiza el cumplimiento del juramento con que se confirmó a Abraham la promesa, a quien el "niño, profeta del altísimo" (1:76) iría anunciando. Lo único que hace falta es creer en el poder de Dios, así como en la efectividad de su provisión. La gracia de Dios no se ofrecerá a menos que se reciba en lo íntimo del corazón la promesa, creyendo con fe que la recibiremos, es decir, que alcanzaremos su cumplimiento.[2] Si creemos, la promesa de Dios nos será como ya cumplida. Abraham creyó y eso le fue contado como que ya estaba librado de todos sus enemigos y como que ya sus pecados le eran remitidos. En las palabras de San Pablo y de Santiago, Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia (Gá. 3:6; Stg. 2:23).[3]

En resumen, el NT afirma que la promesa dada a Abraham proviene de

---

[1] John A. Allan, La Epístola a los Gálatas, p. 67.

[2] Calvino, Hebreos, p. 130.

[3] Calvino, Epístola a los Romanos, Comentario (= Romanos), p. 127

la misericordia de Dios, quien aseguró su cumplimiento enfatizando la promesa misma y jurando por sí mismo su cumplimiento. Cuando llegó el tiempo señalado, cumplió la promesa en la persona de Cristo Jesús Señor nuestro. Esa promesa es hecha efectiva por medio de la fe que cada uno de los incluidos en la promesa tenga en el poder de Dios y en la realización eficaz de la misma.

Beneficiarios de la Promesa

En su canto (Lc. 1:46-55) de alabanza a Dios, la virgen María indica que la promesa fue dada a los padres de la nación israelita (Lc. 1:55). Ella nombra a uno, aquel al cual Dios habló primero, Abraham. María es descendiente de ese pueblo y conoce la historia de Israel. Ella sabe que Dios habló a Abraham, a Isaac y a Jacob y les hizo la promesa. La misericordia de Dios se manifestó a Abraham y desde ese día no se ha apartado del pueblo de Israel. Dios ha hecho proezas en el pueblo (Lc., 1:49), ha establecido justicia social (Lc. 1:51-53) y ha ayudado en toda ocasión a su pueblo por el solo hecho de acordarse de la misericordia por causa de la cual había hecho la promesa a Abraham (Lc. 1:54s.).

Pero María no limita la promesa a los padres del pueblo, sino que extiende su alcance y sus resultados a toda la simiente de Abraham en todos los tiempos (Lc. 1:55). Dios ha prometido extender su misericordia sobre los hijos por varias generaciones.[1] Cuando Dios habló a los padres no se limitó a ellos solos, sino que incluyó a todos los descendientes de Abraham según la carne porque a todos ellos es ofrecida.[2]

---

[1] Calvino, *Romanos*, p. 236.

[2] *Ibid.*, p. 238.

Sin embargo, la bendición de la promesa no se queda allí. El Apóstol San Pedro arguye delante de los judíos reunidos en el templo después de la curación del cojo que Dios prometió su bendición a todas las familias de la tierra (Hch. 3:25), refiriéndose a lo que Dios le dijo a Abraham cuando lo llamó (Gn. 12:3). San Pablo, en su argumento contra los judaízantes de Galaciá, afirmó que Dios incluyó a los gentiles en la promesa dada a Abraham. Dice que "la escritura, previendo lo que sucede, que por fe justifica Dios a los gentiles, evangelizó anticipadamente a Abraham diciendo: 'en ti serán bendecidos todos los gentiles'" (Gá. 3:8). San Pablo interpretó "todas las familias de la tierra" (Gn. 12:3) como "todos los gentiles". Todo judío sabía los términos en que la promesa fue expresada. Por tanto, todos los judíos deberían saber que aquella promesa incluía a todas las naciones de la tierra.

La promesa era para Abraham, también lo era para su descendencia y, por medio de ésta, para todas las familias del mundo. Así pues, todos los hombres son beneficiarios de la promesa que Dios dio a Abraham.

Resumamos lo visto en este capítulo. La promesa dada a Abraham tiene varios aspectos; incluye una descendencia numerosa para Abraham. El AT indica que Abraham es padre de una gran nación, Israel, pero el NT le llama padre de todos los que creen las promesas. El NT da más importancia a los que son descendientes de Abraham por la fe. Esto lo veremos ampliado más adelante. También se promete bendición a les israelitas y, por medio de ellos, a todas las familias de la tierra. Esta bendición se realiza en Cristo, el hijo de Dios, quien es la verdadera y única simiente de Abraham. Además, se promete una tierra para Abraham y su descendencia; una tierra que, según el NT, es el cielo.

Esta última afirmación se demuestra con la espera y la búsqueda que hace Abraham de la tierra prometida estando en la tierra física que él y su descendencia habrían de poseer. Por último, como resumen y propósito de todo lo prometido, Dios quiere una descendencia que le sea por pueblo. El AT dice que Dios establece el pacto con este pueblo para ser El el Dios de ellos. El NT dice que Dios quiere un pueblo que le sirva en santidad y en justicia. Para que esto sea posible es necesario que sea libre de todos sus enemigos. En otras palabras, Dios promete salvación de todo lo que impida servirle en santidad y en justicia.

La base indiscutible de esta gran promesa es la no menos grande misericordia de Dios. Abraham no supo explícitamente que la misericordia de Dios era la fuente de la promesa, aunque él fue objeto de esa misericordia; pero el NT afirma que fue por la misericordia de Dios que fue hecha la promesa. Dios no sólo promete, sino que jura por sí mismo el cumplimiento. En el AT se le juró a Abraham, pero en el NT se cumple en Cristo Jesús, llamado "poderoso Salvador", la promesa dada a Abraham, a su descendencia y a todos los habitantes del mundo.

Habiendo examinado el tema de la promesa dada a Abraham, nos queda examinar la respuesta de Abraham frente a la promesa.

CAPITULO III

LA FE DE ABRAHAM EN EL NUEVO TESTAMENTO

Dios había hecho todo lo que afuera del hombre puede hacer. El planeó todo de acuerdo a su voluntad y lo ofreció al hombre, a Abraham en este caso, en la forma de una promesa, con todo el amor con que lo planeó. No debemos olvidar que fue su gran misericordia la que "obligó" a Dios a escoger a un hombre y verter sobre él las promesas de lo que se proponía hacer con él. Cuando decimos que su naturaleza misericordiosa "obligó" a Dios a escoger a un hombre para mostrar su misericordia, no queremos decir que Dios no está completo en Sí mismo, sino que, siendo libre de cualquier fuerza afuera de El, su naturaleza misericordiosa debe mostrarse en los hombres que El creó.

Abraham, quien fue el hombre escogido por Dios para ofrecerle la promesa, se ve delante de un agudo problema. La promesa es halagüeña, pero el camino para llegar a ver la realización de lo prometido no se ve muy viable. Sobre todo, exige de él todo lo que él puede dar. Abraham tiene dos caminos entre los cuales escoger. Con todo derecho puede rechazar lo que Dios le ofrece y quedarse tranquilo gozando de lo que él es y tiene. O bien puede aceptar lo ofrecido y creer que será hecho; esta decisión implica abandonarse al poder y designio de Dios para que El haga lo que desee hacer cuando y como quiera. En cuanto a esta decisión, generalmente se discute si el hombre como tal hace esa decisión, o si es Dios, mediante su poder e imperio, quien obra en la voluntad del hombre. Lo cierto es que en lo que podemos notar de este caso, Abraham enfrenta la disyuntiva y se decide por creer en Dios y esperar lo prome-

tido. San Pablo afirma que Abraham creyó lo que Dios le había prometido (Ro. 4:3), recordando lo que dice en Génesis. Allí se afirma que Abraham creyó lo que Dios le prometió (Gn. 15:6). San Pablo usa esa frase en su argumento contra los judaizantes de Galacia (Gá. 3:6). Parece que esa afirmación tiene mucha importancia para preservar la verdad del cristianismo.

San Pablo desarrolla esta idea en Romanos 4 para recalcar que la promesa se recibe por creer y no por hacer algo para ser merecedores de ella.

En primer lugar, al que se empeña en hacer algo para obtener lo prometido, se le cuenta el cumplimiento de la promesa como un sueldo (4:4). Pero al que cree solamente se le otorga el cumplimiento de la promesa como misericordia. La promesa no es "cumplida" por la obediencia a los mandamientos de una ley, sino que se cumple plenamente en aquel que cree en lo que Dios ha hecho (4:5). Porque si los que cumplen la ley son los que reciben el cumplimiento de lo que se ha prometido, no sirve de nada el que se crea en la promesa. Es más, la promesa sería una farsa, ya que su cumplimiento estaría condicionado a que se cumplieran ciertos requisitos, con lo que dejaría de ser promesa para ser recompensa o salario para los que llenan el requisito.

Si el cumplimiento se obtuviera de esa manera, sería difícil, si no imposible, que alguien alcanzara lo que Dios quiere darnos porque es difícil cumplir con toda la ley. Si nadie cumple la ley, nadie tiene la herencia.

Sin embargo, no es por el cumplimiento de la ley que se obtiene lo prometido, sino que es por creer en la promesa a fin de que la rea-

lización de ella sea basada en la misericordia de Dios. De esta manera la promesa es asequible a todos los beneficiarios de la misma, sin que se requiera nada más que creer que se cumplirá. Abraham creyó y se le cumplió lo prometido.

En segundo lugar, Abraham creyó que la promesa podría cumplirse porque sabía que el poder de Dios eran tan grande que sería capaz de dar vida a un cadáver. Dice Hebreos que al ofrecer a Isaac en sacrificio consideraba que Dios era poderoso para volverlo a la vida (11:19). Esta indicación del NT se basa en el hecho de que Abraham confiaba en que Isaac y él volverían juntos a los criados después del sacrificio (Gn. 22:5). Creyendo esto, Abraham no podía dudar que la promesa se cumpliría.

La confianza de Abraham alcanzaba aún mayores proporciones. No sólo creía que Dios podía darle vida a un muerto, sino que sabía que El podía llamar "las cosas que no son como si fuesen" (Ro. 4:17); es decir, que si Dios prometía que Abraham sería padre de multitudes, Abraham creía que Dios lo podría hacer, aun cuando ni siquiera era padre de un solo hijo legítimo. Abraham estaba plenamente persuadido de que Dios "es poderoso para cumplir también lo que había prometido" (Ro. 4:21).

En tercer lugar, Abraham no flaqueó en su creencia a pesar de lo humanamente difícil que resultaba creer lo que Dios había prometido. Esto era la consecuencia de que Abraham creyera en el cumplimiento de la promesa hecha por el Dios poderoso. Romanos 4:18 dice que Abraham esperó contra esperanza. Es decir, que aun cuando se había esfumado la posibilidad de que la promesa de Dios llegara a realizarse, aún entonces Abraham continuó creyendo. Abraham consideró su propio cuerpo ya ancia-

no, consideró también la ancianidad de Sara, su esposa, y sin embargo, siguió creyendo que tendrían un hijo. No dudó de la promesa de Dios. Se podría poner el caso de Ismael como objeción, pero como ya vimos en el primer capítulo, eso no fue incredulidad, sino deseo de "ayudar" a Dios. En vez de flaquear en su fe, Abraham fue esforzado en ella, glorificando de esa manera a Dios, quien era la única y suficiente razón de la casi increíble fe de Abraham.

Nos damos cuenta entonces, que por su fe Abraham recibió la promesa de Dios, quien consideró cumplida la promesa en Abraham en vista de su confianza en El. En las palabras de San Pablo: "creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia" (Ro. 4:3; Gá. 3:6). Ahora bien, sabemos que la fe es algo interno del hombre, por eso es necesario examinar la demostración de la fe de Abraham.

Demostración de la Fe de Abraham

Es totalmente cierto que la fe es algo interno en el hombre. Es una relación con Dios, quien es espíritu, por la cual el hombre confía en Dios, abandonando todo esfuerzo tendiente a hacer algo por él mismo. En la epístola de Santiago se nos dice que la fe que no se manifiesta en hechos de fe es una fe inválida (2:17). No se puede tener fe sin hacer las obras propias de la fe. Santiago ridiculiza a quien pretende tener fe y no hace lo que es propio de la fe.

Santiago recurre al ejemplo que proponen Abraham y Rahab, dos personajes del AT que fueron justificados por la fe que los impulsó a hacer lo que conviene. Para los efectos de este trabajo sólo nos interesa el ejemplo de Abraham.

Santiago dice: "¿no fue justificado por obras Abraham nuestro padre cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? Tú ves que la fe obraba juntamente con sus obras y que por la obras se completó su fe. Y cumplióse la escritura que dice: 'Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia', y fue llamado amigo de Dios" (2: 21-23).

Para entender la relación entre la fe y las obras han de tomarse los versículos anteriores como una sola unidad. Al principio parece decirnos que Abraham fue justificado por obras, pero la oración siguiente demuestra que detrás de las obras está la fe que Abraham tenía. La fe obró eficazmente para producir las obras siendo así la causa eficiente de las mismas, mientras que las obras llegan a ser el perfeccionamiento, el fin lógico, el fruto maduro, de la fe de Abraham.[1] La fe por la cual Abraham fue justificado, se explica aquí en este pasaje de Santiago. Como ya dijimos, es una fe que actúa. La fe sola es meramente intelectual y muerta, sin vida, es decir, sin utilidad alguna. La fe que justifica es la fe que obra por amor y que produce, o está acompañada de, la obediencia.[2] No queremos decir que por obras hay fe. Sabemos que por la fe eficaz hay obras, pero debemos entender que la dinámica de la fe exige obras, sin las cuales no hay fe verdadera. Es significativo que Santiago usa el mismo versículo del AT que usa San Pablo al hablar de la justificación por la fe, para probar que no es sólo la fe intelectual la que alcanza la justificación del que la posee, sino que es necesario que esa fe actúe para que sea completa.

Al fijar nuestra atención en lo que hizo Abraham, nos damos cuenta que es ésta la clase de fe que él poseyó. Fue en la fe y sólo en la fe que estribó la causa de la obediencia a Dios. No fue una obediencia

---

[1] A. B. Rudd, Las Epístolas Generales, p. 45.

[2] G. H. Lacy, Comentario Sobre la Epístola a los Gálatas (= Gálatas), p. 55.